

# LA AGRICULTURA EN LA "CRISIS" DEL DESARROLLO ECONOMICO

NUDO GORDIANO QUE ES NECESARIO CORTAR

Por

ANGEL ZORRILLA DORRONSORO

Ingeniero Agrónomo

Tras un decenio (1950-1958) de fuerte desarrollo económico con una tasa de crecimiento anual acumulativo del 5,89 por 100, España ha dado un viraje profundo en su política económica para frenar la inflación, que había sido moderada de 1952 a 1955 (3,5 por 100 anual) y galopante desde esa época hasta 1958 (13 por 100 anual).

Este cambio radical se refleja en un conjunto de medidas drásticas que, iniciadas con una nivelación rigurosa del Presupuesto, se han acompañado de restricciones de crédito, devaluación de la peseta, publicación oficial, cada año, de un llamado «programa de inversiones», etc.

Sus consecuencias inmediatas han sido: mejorar la solidez de la moneda y transformar la balanza de pagos de deficitaria en favorable; esto con una celeridad y brillantez difíciles de superar.

Pero estos resonantes éxitos se han obtenido a costa de un fuerte descenso en el nivel de inversiones y, como consecuencia, de un retroceso en la tasa de desarrollo, que se ha hecho notar, inmediatamente, si no en un paro extendido, sí, en cambio, en una notable baja del poder de compra y en el comienzo de un éxodo de trabajadores, relativamente especializados, hacia el resto de Europa y de modo preferente hacia Alemania.

Aun cuando la Banca, de manera unánime, y los Ministros responsables de la nueva política, con insistencia natural, juzgan este retroceso en el desarrollo como saludable y necesario, es natural

plantear estas preguntas: ¿Cuál ha de ser el objetivo preferente en la política económica de un país con su industrialización iniciada y en pleno auge: avanzar en ésta a toda marcha o estabilizar su moneda? ¿No es posible estabilizar la moneda y nivelar la balanza de pagos sin retroceder en el desarrollo económico, sino manteniéndole en una tasa ligeramente superior a la de los países más progresivos, para ir disminuyendo la distancia que de ellos los separa?

No ha de olvidarse que todos los pueblos del mundo, y al decir todos no excluimos a Rusia y sus aliados y satélites, aspiran, con unanimidad poco corriente en la Historia y sea cual fuere el esfuerzo que hayan de realizar, a aproximarse al nivel y estilo de vida de los norteamericanos.

Por nuestra parte, la contestación a esas preguntas no ofrece duda: cualquier país que se encuentre en situación parecida a la del nuestro —y hay multitud de países más o menos en su mismo punto— ha de fijar como primer objetivo el mantenimiento a una elevada tasa del crecimiento anual de sus ingresos nacionales.

En esta creencia, sostenida en diferentes informes, conferencias y coloquios, ha venido a situarse el Presidente electo norteamericano, que la antepone a todo otro fin de su futura política económica y además se apoya, sin duda alguna, en economistas de tanta nota actual como Galbraith y Rostow.

Que puede estabilizarse una moneda mientras el desarrollo prosigue a marcha acelerada ha quedado demostrado estos últimos años, de manera palpable, en Italia; que, por el contrario, se puede conservar una moneda sana y sólida durante decenios con pleno estacionamiento económico se pone de manifiesto en otros países.

Es una pena que en sus recientes obras el profesor Rostow no haya destacado con claridad lo que es evidente para todos cuantos vivimos en países de baja renta por habitante: que la única salida de tal estado es la industrialización, y que sólo una industrialización rápida y en *todos los frentes* provoca, posteriormente, un cambio radical en la estructura agrícola que sitúa a ésta en condiciones de relativa competencia internacional.

El profesor Rostow aporta diferentes índices y estadísticas, pero no emplea en sus trabajos las dos cifras que retratan instantáneamente la situación de una economía: el porcentaje de población activa dedicado a la agricultura y el saldo favorable o desfavorable en la exportación de productos manufacturados.

Un país no entra en su última etapa de desarrollo en tanto la población dedicada a la agricultura no empieza a descender de un 30 por 100, aunque no haya llegado a los niveles del 10 ó el 15 por 100. Igualmente, su comercio exterior, basado con anterioridad en la exportación de productos agrícolas y materias primas, ha de ser importador de esos productos y exportar, en cambio, otros manufacturados.

Sobre la posibilidad de que en una economía mundial plenamente desarrollada todos los países pueden ser exportadores de productos manufacturados, hace muchos años ya que se pronunció un economista alemán, Wagemann, contestando con la afirmativa y con su opinión plenamente optimista de que, si se llegase a este punto, el nivel de intercambio internacional alcanzaría límites insospechados y las especializaciones se producirían en el mismo seno de la producción de unas u otras manufacturas.

El viejo tópico de que una especialización internacional había inclinado definitivamente a unos países hacia la producción de máquinas y a otros hacia la del trigo, ha caído por el suelo. Igualmente, y de ello Italia es un ejemplo reciente sin igual, el de que la riqueza natural de un país le condenaba hacia una u otra posición.

Las dificultades que surgen en los países a punto de entrar francamente por la vía de la industrialización son, fundamentalmente, dos: su nivel de ahorro es inferior al de la inversión necesaria para alcanzar el crecimiento anual mínimo que su economía reclama; ni su defectuosa estructura agrícola, ni su naciente industria pueden competir, de momento, en amplios sectores, a precios internacionales,

La distancia a que se encuentra normalmente el nivel de ahorro de estos países de la inversión necesaria para asegurar un tipo alto de crecimiento económico anual puede salvarse: favoreciendo el ahorro o imponiéndolo forzosamente; prolongando la jornada de trabajo de manera coercitiva o dando incentivos para conseguir el mismo fin; mediante la aportación de capital extranjero.

En los países socialistas, eludiendo la última posibilidad, el trabajo y el ahorro forzosos han sido la norma general adoptada. En los restantes, todos coinciden en la necesidad de desgravaciones, adecuado manejo de los tipos de interés, etc., para mejorar el nivel natural de la inversión.

Pero estas naciones, cuando se ven constreñidas a yugular la inflación, tienden a recurrir, con excesiva facilidad, a nuestro jui-

---

cio, al capital extranjero en calidad de ayuda o préstamo, pues, por múltiples razones, no debieran hacerlo hasta agotar las posibilidades que de los propios recursos, especialmente de los humanos, pudieran extraerse.

No somos partidarios, claro está, de los trabajos forzados, que antes sólo los criminales sufrían y han de soportar hoy, por desgracia, millones de seres.

Pero en cada país pueden arbitrarse distintos medios para incitar a un aumento voluntario de la jornada de trabajo. En nuestro caso, en el de España, una parte, que nos atrevemos a calificar de ingente, de la inversión privada y estatal se destina, anualmente, a la construcción de viviendas. Si este programa fuese financiado, por lo menos parcialmente, mediante un aumento voluntario de la jornada laboral de los beneficiarios de aquéllas y el ahorro forzoso de los ingresos así obtenidos, es posible que el ahorro normal permitiese un nivel de inversiones que, aproximándose mucho al necesario para mantener una alta tasa de desarrollo, redujese a cantidades mínimas, fáciles de obtener en condiciones ventajosas, la aportación de capital exterior.

Lo mismo podemos decir de multitud de obras de mejora rural, de las que estamos bien necesitados, y que tradicionalmente se realizaban por prestación personal.

La segunda de las dos dificultades a que anteriormente nos referimos procede, en este tipo de países, de un largo proceso —de siglos— de degradación de la agricultura.

Siguiendo los consejos de quienes rigen los organismos internacionales que han ayudado a España a la estabilización de su divisa, nuestro Gobierno ha señalado con preferencia en sus programas de inversiones, y asimismo en discursos, debates y conferencias, la necesidad de dedicar urgente y especial atención a la mejora de la productividad en las empresas agrícolas; esta mejora ha de basarse en fuertes inversiones.

Pero, justamente, a la vez que se señala esta preferencia, se emprende un denodado ataque contra los precios agrícolas, cuyo índice inferior en unos 200 puntos (sobre 2.000), durante varios años, al de precios industriales, ha llegado a alcanzar recientemente una separación de 500 (sobre base prácticamente idéntica). Esta batalla no es caprichosa; a las nuevas industrias se las quiere obligar prematuramente a producir a precios internacionales; ellas exigen, irremediabilmente, que las materias primas de que se sir-

---

ven y los alimentos de sus trabajadores, esto es, los productos agrícolas de todo género, les sean facilitados también a precio internacional.

Mas la agricultura, como consecuencia de ese proceso de siglos, se encuentra con una estructura sumamente defectuosa, y la salida del campo de la población excedente, que el desarrollo industrial empezó a provocar, no tomó todavía vuelo suficiente para una mejora fundamental de aquélla que conduzca a un progreso señalado de la productividad y a una especialización que más tarde se conseguirá fácilmente.

Si los precios agrícolas se han mantenido estables o han descendido, mientras los industriales crecen; esto es, si la estabilidad de precios se consigue a costa de la agricultura, los beneficios que el campo reporta, ya muy aquilatados anteriormente, se merman más y más y los empresarios agrícolas se encuentran en la imposibilidad no ya de aumentar, sino ni siquiera de mantener el nivel de inversiones en que anteriormente estaban situados.

Esta «crisis» en el proceso de desarrollo que se presenta al llegar la población activa en la agricultura a una cifra en torno al 40 por 100, no tiene más solución que una política de sostenimiento de precios agrícolas, con subvenciones si fuese necesario, que vaya suavizándose a medida que la estructura agrícola mejora; mejora que los Gobiernos deben favorecer y acelerar en cuanto les sea posible, pero que de ningún modo se consigue con más facilidad que manteniendo un alto ritmo de industrialización y, en general, un fuerte tipo de crecimiento de la renta.

Un incremento de la inversión estatal en transformaciones de secano en regadío y en otras obras del mismo estilo, no es suficiente; y tampoco las ayudas indirectas que al campo puedan concedérsele mediante préstamos a menor tipo de interés, que provienen generalmente de fondos normalmente restringidos.

El sostenimiento de los precios tiene sus peligros, pero no es necesario que sea total, y en países que se encuentran en momento análogo al actual de España tal política no conduce, en modo alguno, a la acumulación de excedentes, ni tampoco ha de considerarse eterna; si se mantiene un alto tipo de crecimiento económico, el exceso de población agrícola va desapareciendo; este proceso se acompaña de otro de concentración de empresas y de abandono para el cultivo de tierras que jamás debieron labrarse, y por ello

---

cio, al capital extranjero en calidad de ayuda o préstamo, pues, por múltiples razones, no debieran hacerlo hasta agotar las posibilidades que de los propios recursos, especialmente de los humanos, pudieran extraerse.

No somos partidarios, claro está, de los trabajos forzados, que antes sólo los criminales sufrían y han de soportar hoy, por desgracia, millones de seres.

Pero en cada país pueden arbitrarse distintos medios para incitar a un aumento voluntario de la jornada de trabajo. En nuestro caso, en el de España, una parte, que nos atrevemos a calificar de ingente, de la inversión privada y estatal se destina, anualmente, a la construcción de viviendas. Si este programa fuese financiado, por lo menos parcialmente, mediante un aumento voluntario de la jornada laboral de los beneficiarios de aquéllas y el ahorro forzoso de los ingresos así obtenidos, es posible que el ahorro normal permitiese un nivel de inversiones que, aproximándose mucho al necesario para mantener una alta tasa de desarrollo, redujese a cantidades mínimas, fáciles de obtener en condiciones ventajosas, la aportación de capital exterior.

Lo mismo podemos decir de multitud de obras de mejora rural, de las que estamos bien necesitados, y que tradicionalmente se realizaban por prestación personal.

La segunda de las dos dificultades a que anteriormente nos referimos procede, en este tipo de países, de un largo proceso —de siglos— de degradación de la agricultura.

Siguiendo los consejos de quienes rigen los organismos internacionales que han ayudado a España a la estabilización de su divisa, nuestro Gobierno ha señalado con preferencia en sus programas de inversiones, y asimismo en discursos, debates y conferencias, la necesidad de dedicar urgente y especial atención a la mejora de la productividad en las empresas agrícolas; esta mejora ha de basarse en fuertes inversiones.

Pero, justamente, a la vez que se señala esta preferencia, se emprende un denodado ataque contra los precios agrícolas, cuyo índice inferior en unos 200 puntos (sobre 2.000), durante varios años, al de precios industriales, ha llegado a alcanzar recientemente una separación de 500 (sobre base prácticamente idéntica). Esta batalla no es caprichosa; a las nuevas industrias se las quiere obligar prematuramente a producir a precios internacionales; ellas exigen, irremediabilmente, que las materias primas de que se sir-

---

nomique en Espagne —lequel se centre entre 1953-58— et la retraite subséquente pour arrêter la carrière des prix, assure qu'il est possible de stabiliser sans recul, de même qu'il s'est manifesté en Italie. Il y assure, aussi, tout à fait le contraire, c'est-à-dire, qu'il est possible de conserver une monnaie saine et une situation financière désirable avec une pleine stagnation économique.

Il y discute les dénominations de Rostov pour les différentes étapes de développement, et insiste qu'en arrivant à un point critique, qui se produit quand la population agricole descend jusqu'au 40 pour cent, se présente un nœud gordien comme conséquence de ne pas avoir amélioré suffisamment la structure agricole, ni d'avoir atteint la nouvelle industrie une perfection comparable à celle des pays les plus développés.

A ce moment où l'industrie a besoin de nourriture et de matières premières à des prix internationaux que l'agriculture ne peut pas donner, mais qu'à son tour elle a besoin aussi d'une grande puissance d'acquisition dans les villages pour continuer son développement, il n'y a pas une autre solution que le soutien du prix des produits agricoles les plus importants; ce soutien, en opposition aux conséquences de la politique du même style menée à bout aux Etats Unis, a un caractère temporaire et peut-être adouci à mesure que, par une extraction plus grande de la population paysanne, la structure agraire sera améliorée et que l'industrie sera perfectionnée.

Non obstant, il considère difficile que la première solution puisse obtenir en Europe des prix internationaux pour les produits fondamentaux, car si cela avait lieu, il n'y aurait pas surgi la scission entre «Le Marché Commun» et la E. F. T. A.

#### SUMMARY

Commenting a recent period of great economical development in Spain —which is centered in the lustrum 1953-58— and the subsequent retraction to brake the course of prices, the author affirms that it is possible to stabilize without retrocession, as it has made evident in Italy and also the contrary, that is, to keep a sound money and an enviable financial situation with a full economical stagnancy.

He discusses the denominations of Rostov for the different stages of development, and insists on that arriving at a critical point, which is produced when the farming population descends till 40 per cent, a Gordian knot appears as a consequence of not to have improved sufficiently the agrarian structure, nor to have the new industry reached a perfection comparable to that one of the more developed countries.

In this moment in which the industry needs food and raw materials at international prices that the Agriculture can not give, but at a time is in need of a strong purchasing power in the farming population to continue its development, there is no other solution that the maintenance of price of the more important agricultural products; this maintenance, in contrast with the consequences of the policy of the same style carried out in the United States, has a temporary character and can be gradually softened, at the same time as, on account of a greater extraction of farming population, the agrarian structure is improved and the industry is perfected.

Nevertheless, the author estimates it is difficult that the first one gets to obtain international prices for vital products in Europe, since if it is so, would not have appear the division between «Common Market» and E. F. T. A.